

# *La viajera*

*Autor*

.....  
*Andrés Castellanos Gallego*

*Primer Premio*

.....  
*Categoría B • 19-30 AÑOS*

2021

Autor

---

## **Andrés Castellanos Gallego**

*Ciudad Real, 1996*

*Graduado en español: Lengua y Literatura (2017/2018) y profesor de Lengua Castellana y Literatura en Educación Secundaria y Bachillerato en Castilla-La Mancha desde el año 2020. Actualmente trabaja en el IES Ramón Giraldo en Villanueva de los Infantes. Colaborador habitual con la revista literaria Manxa, del Grupo Literario Guadiana en Ciudad Real, ha obtenido diversos premios literarios a nivel regional y nacional, destacando el Primer premio de Relato del Concurso Cultural CreaCIC 2019, el Primer premio del II Concurso de Relatos cortos contra la violencia y discriminación múltiple AIETI (2020), el primer premio del XXVIII Concurso de Relatos Cortos de Camargo (Cantabria) 2021, el primer premio de microrrelatos de los Premios Quevedos, Cervantes, Quijotes y Sanchos de Villanueva de los Infantes (2020) o el primer premio del I Certamen Provincial de Narrativa Corta “Rechazo a la Violencia de Género” 2021 (Socuéllamos).*

# LA VIAJERA

*Andrés Castellanos Gallego*

Siempre me ha gustado viajar en autobús de noche, rodeado de silencio y oscuridad, con ciudades muertas como testigos. Son esas pequeñas sensaciones, propias de los olvidados, las que me han dado el único placer al que puedo aspirar en esta etapa de mi vida. Y no me importa entrar a trabajar dos horas después de mi llegada a Madrid, sin tiempo para el descanso. Un cadáver no necesita descansar.

Todas las semanas realizaba el mismo trayecto. El viernes, después de la última clase con energúmenos cargados de testosterona a los que no les importaba lo más mínimo quién era Quevedo, cogía el autobús que me llevaba de Madrid a un pueblo olvidado y perdido de La Mancha. Pasaba allí el fin de semana, encerrado en la casa de mi infancia, leyendo algún libro. De vez en cuando, me animaba a marcar aquel maldito número, grabado a fuego y sangre en mi memoria. Nadie contestaba nunca, pero eso no me sorprendía. Una vez llegado el domingo, cogía el último autobús, el que más tarde salía, y llegaba a Madrid a las siete de la mañana. Y allí, entregado a mis pensamientos y recuerdos fantasmales, me dejaba ir.

Todo parece girar en mitad de un agujero negro sin control cuando tu vida deja de tener sentido. O, al menos, el sentido que

tú creías haberle dado hace tiempo. Y así, entre cantos roncos de sirenas hastiadas y sombras irónicas que se reían de mis desgracias con las fauces abiertas, deambulaba yo por las calles hasta las frías escaleras del autobús.

El único motivo que me hacía volver al mundo de los vivos era el conductor, el señor Sabino. Se trataba de un hombre ya entrado en años, con una sonrisa condescendiente siempre preparada, pero serio en su trabajo. Nunca, bajo ningún concepto, apartaba los ojos de la carretera. Yo me sentaba lo más cerca posible de él, porque me amenizaba la noche. No lo hacía con sus historias, sino con su silencio atento. Yo hablaba y él escuchaba.

—La niña sigue sin querer verme, Sabino —le decía—. Se ha empeñado en que no y no hay manera. No sé qué le habrá contado la madre, pero conmigo no quiere nada.

—Eso es tiempo, ya verá usted —me contestaba, sin desviar lo más mínimo la mirada de la carretera.

—Al nene por lo menos lo veo, los miércoles por la tarde. Menos es nada. No se crea usted, que aguantar sus tonterías de adolescente da bastante dolor de cabeza. Pero lo estamos intentando, los dos. Volver a la normalidad, ya sabe.

Yo no sabía casi nada de Sabino. No veía en él a alguien que pudiera tener algo interesante que contarme. Tan solo era un receptor. El modelo arquetípico de receptor. Si buscáramos la palabra “receptor” en el diccionario, debería salirnos la cara rechoncha de Sabino. Pero yo lo agradecía, no necesitaba más. Mientras la luz y la oscuridad bailaban un tango irregular por el autobús, yo sacaba al exterior mi miseria interna. Y Sabino asentía, solo asentía.

—Lo que usted necesita es distraerse —me dijo en una ocasión—. Anda que no hay pasatiempos por ahí. Elija alguno y concéntrese en él, descanse la mente.

—Pero Sabino, por Dios, ¿qué me está diciendo? Tengo mucho que hacer como para perder el tiempo con tonterías. Y soy especialista en perder cosas, no se crea... No me apetece perder nada más. No me apetece perder.



Apenas un suspiro, una exhalación. Yo no necesitaba más, Sabino no tenía por qué darme más. Y él lo sabía. Era de esos hombres que saben más de lo que parece, que comprenden más de lo que imaginamos.

—Llevo media vida conduciendo este autobús, he visto de todo —me comentó en otra ocasión—. Saldrá de esta, es solo un mal bache. Pero debería usted poner un poco de su parte. ¿Por qué no practica algún deporte? ¿No le gusta el fútbol?

—Ni me lo mencione —casi sin darme cuenta, solté una carcajada estridente—. Pan y circo, Sabino.

—Pues a mí mi Atleti me alivia los fines de semana —no le vi, pero noté que sonreía—. El Cholo, hombre, el Cholo. Y este año vamos a ganar la Liga, ya lo verá. Ese tipo de cosas lo despistan a uno. Lo ayudan a desconectar un poco. Que bastante mal están las cosas ya...

—Pan y circo —le cortaba yo—. Ni Atleti ni atleta. En mis tiempos yo era del Madrid, un forofó en toda regla, no se crea. Pero todo ese mundo está lleno de apelativos que a uno lo echan para atrás. Que si facha, que si franquista, que si... La vida es la que es. Y no es bonita. Mejor afrontarla sin despistes inútiles.

No me importaba no dormir, no me importaba viajar tan tarde. Me apetecía hablar con Sabino después de toda la semana hundido en mi martirio diario.

—Recibí un mensaje. Era de ella —le dije en otra ocasión—. Que dejara de llamar. Que la dejara en paz. Sabino, esta vida es una miseria. Aquí siempre ganan y pierden los mismos.

—Pero, hombre, no será tanto...

—Y el pijo, Sabino, el pijo me remata. Que estará con ella a todas horas. Y yo le decía que tuviera ojo con ese. Y ella que no, que qué cosas decía, que después de veinte años conmigo cómo pensaba esas cosas. ¡Veinte años! Sabino, todas las mujeres son iguales.

—Usted sabe que eso no es verdad —decía, sin despegar los ojos de la carretera.

—¡Todas! Cuando te ven bien, cuando tienes éxito, todo lo que tú quieras. Pero cuando entras en problemas... ¡Ay, Sabino! Le

envidia yo a usted, no se crea. Usted no tiene estas preocupaciones, estas losas que lo entierran a uno en vida.

—Cada uno carga con su cruz...

—¡No se me ponga católico ahora, Sabino! Que hay cruces y cruces. Y cuando se repartieron, yo debía de estar en primera fila. Y sin darme cuenta, con lo despistado que soy...

Recuerdo un viaje en especial. Sabino estaba más hablador que nunca, rozaba la euforia por la emoción. Y todo por el dichoso Atleti.

—Ganar o empatar, lo mismo dará —me decía—. Un partido más y la Liga se queda en el Calderón. El Cholo, hombre, el Cholo. Esto es muy grande.

—Vive usted alienado —le decía yo—. Céntrese en su vida, hombre. Bastante ganan ya los futbolistas como para encima ganarse su admiración.

Pero era contagioso. He de reconocer que ese fin de semana, después de mucho tiempo, estuve pendiente del partido del Atleti. Y cuando, finalmente, ganó la Liga, yo solo pensé en Sabino. ¡Lo que estaría disfrutando! ¡Mentes y corazones sencillos de llenar, qué envidia les tengo! Que nadie se atreva a decir lo contrario: la ignorancia humilde es la que da la verdadera felicidad. Si un balón rodando y veintidós niños ricos corriendo detrás de él son capaces de hacer feliz a un hombre, ese hombre será el más afortunado de la Tierra. Yo, por mi parte, no caeré en esa trampa.

Ese fin de semana se me olvidó llamar a mi mujer.

Cuando cogí el autobús para volver a Madrid, me recibió un rostro despierto y tranquilo, de esos que logran ganarse pronto tu confianza. Y joven, mucho más joven que Sabino. Apenas cambié la expresión al coger el ticket que me ofrecía el nuevo conductor. Me senté, perplejo, y estuve callado durante todo el trayecto. O lo intenté. No pude evitar, cuando faltaba poco para llegar, preguntarle:

—Perdone, ¿Sabino está enfermo?

El muchacho negó con la cabeza.

—¿Era amigo suyo? —me inquirió.

—No, no. Es solo que llevo mucho tiempo haciendo este trayecto y siempre había conducido él.

—Ya no será así —me miró, apartando durante un momento la vista de la carretera—. El señor Sabino murió ayer. Lo encontraron en su casa. El pobre hombre se había colgado.

Silencio. Apenas fui consciente de las siguientes palabras del muchacho.

—Una tragedia, ha sido un palo muy duro para todos los que le conocimos. Parece ser que le detectaron cáncer de páncreas hace unos meses, pero aquí nadie sabía nada. Supongo que iba mal y que llegó un momento en el que decidió dejar de sufrir. Y sin nadie en el mundo, siempre tan solo...

Me recosté en mi asiento. Podría ponerme poético, decir que mi alma se resquebrajó en mil pedazos, que la pérdida de Sabino descompuso lo poco que me quedaba de corazón, o algo así. Pero no sería cierto. Simplemente, me quedé sentado, con los ojos muy abiertos, ignorando la entrada a Madrid, que actuaba como testigo fúnebre de mi perplejidad. Apenas fui consciente de que el joven conductor encendía la radio, y las palabras del locutor me llegaron aisladas, lejanas, inalcanzables:

—Increíble. No hay otra palabra para describir la hazaña que el Atleti del Cholo ha logrado esta temporada...

Hamlet